

BASTA con leer una sola vez esta voz tan singular y tan trabajada durante siglos de libros y viajes para que permanezca, perdurable, en nosotros. Es una voz de sueño: así nos llega y así perdura. Fluyente y luminosa como la de los sueños, y con una intimidad traspasada de melancolía. ¿O quizá no? Sea como fuere, en el crepitar del mundo y de las tragedias vividas en nuestro entorno se abre este claro que es el libro que las cuenta, y se eleva la voz que lo dictó: queda suspendida, aplomada, muy serena. Advierto entonces que es minuciosa, muy fiel (así es la voz de los sueños, así) y, aquí está, siempre que la escuchamos se descubre que su ordenación es otra, que narra a través de una lectura contraria de lo inmediato, o sea, por el reverso.

Un ejemplo: en el último libro de Tabucchi, *Dama de Puerto Pim*, «una ballena ve a los hombres» (título de capítulo), pero lo que nos refleja es la propia mirada del autor sobre las ballenas, esa metáfora de la bondad y la omnipotencia; luego, por el revés, nos llega la lectura desde el interior, la mirada agradecida de Jonás, su huésped del corazón; y más tarde aún, cuando cambiamos de lado, creemos volver al punto inicial —pero no es así; la imagen ya es otra, y nos llega en la dimensión mezquina de los humanos, miseria, voracidad, degollina ciega, depredación.

Detengámonos aquí. No voy a recordar a Melville, que parece ser elogio obligatorio de los italianos al comentar ciertos pasajes de Tabucchi; me basta haber leído, hace años, un excelente ensayo de Salvato Teles de Menezes sobre Melville para no incurrir en asociaciones tan tentadoras. No menciono a Conrad, otro de los citados. Dejemos a Conrad en sus mares y a Melville con las ballenas, ya que fue ahí donde les han secuestrado los implacables vientos de la gloria. Y antes de emprender un oscuro cambio de rumbo, los dejo, a esos y a no sé cuántos maestros viajeros con los que Tabucchi navegó, el capitán Joshua y el honorable Livingston, el honorable Stanley y el temerario Hemingway; a todos esos, a todos esos y a algunos más, desde el magnífico Mendes Pinto, ciertamente, hasta un *globe trotter de boudoir* como Pierre Loti. Los dejo, son meridianos distantes, otras aguas. Para mí, lo que cuenta en los derroteros literarios de Tabucchi es que él, dispersando a sus personajes por horizontes universales, los concentra en una dimensión cerrada, como pequeños mundos en sí mismos, que se sustentan de memoria y distancia. De ahí, el sutilísimo hilo de ironía que los marca y, tantas veces, su dolorida ternura; son, creo, unidades latentes pulsando en la suya y en la soledad del infinito.

Ahora advierto mejor la suspensión en el tiempo y en la distancia en que se sitúa la mayor parte de *Il gioco del rovescio*. Viene de Viaje, de *sentimiento de viaje*. Y de sueño. Viaje y sueño son dos componentes estrechamente asociadas en el recorrido solitario, y el héroe de Tabucchi, incluso cuando está entre cuatro paredes, es siempre alguien en estado circunstancial, alguien vuelto hacia un faro que lo llama desde la lejanía, o alguien que imagina un *voyage en Afrique* y a «paraísos celestes» de emergencia. De este modo, aislados, a solas o en compañía, los héroes que aquí leo se me aparecen poblados de señales y andaduras, del latir de los trenes de la infancia y de las luces de los puertos nocturnos. Africas, me las recuerdan también; y mercados, mares de la plata, singapuritas —tanta geografía íntima, tanta. Tantas fulguraciones en cada historia. Fíjense: todas están escritas en primera persona, que es la lengua de los viajeros.

Pero —continúo yo— viajar es una soledad en tránsito, una soledad que se prolonga en la memoria. La tengo ahora muy a la vista, está en estas páginas, insinuada o abierta de muchas mane-

El célebre escritor portugués José Cardoso Pires (1925) celebra aquí, con complicidad deleitosa, la aparición de un nuevo libro del narrador italiano Antonio Tabucchi, «El juego del revés» (Anagrama, Barcelona, 1986), autor ya conocido en España gracias a su «Dama de Porto Pim» y al más reciente «Nocturno hindú». José Cardoso Pires inauguró una nueva etapa de la literatura portuguesa. Ya en su primer libro publicado, «Os caminheiros e outros contos» (1949), el reportaje de la vida social adquiere una dimensión inédita, que se va acentuando a través de toda su obra: «O anjo ancorado» (1958), «O render dos heróis» (1960), «Cartilha do marialva» (1960), «O hóspede de Job» (1963; traducción española en Seix Barral, 1972), «O delfim» (1968), «Dinossauro excelentíssimo» (1972), «E agora, José» (1978), «Corpo-delito na sala de espelhos» (1979) y «Balada da praia dos cães» (1982; traducción española en Seix Barral, 1984).



El pé juepegopó delpé repevespé

José Cardoso Pires

ras, desde la soledad teatral de un declamador de Shakespeare en los confines de Mozambique hasta la de un niño junto a la línea del ferrocarril que lleva a las grandes ciudades, niño parado pero siempre en viaje, y visto de lejos, muy de lejos, casi en las orillas de la muerte, y con los ojos puestos en una palmera de infancia llamada (y firmada) Josefina. Y, de cuento en cuento, de estación en estación, nos adentramos en los últimos continentes, que son los soñados por otros solitarios: Pessoa al desdoblarse en perfiles varios, Francis Scott Fitzgerald y su banda de desesperados cuando vivían la literatura en la Riviera de la *dolce vita*.

Viajar, perder países —ya lo decía Pessoa, de quien Antonio Tabucchi es lector consumado bajo todas las máscaras. Viajar, derrumbarse del sueño. Sólo que, insisto, Viaje, según Tabucchi, es, sobre todo, un clima, un estar a solas, ese estado discretísimo de melancolía y de soledad. En eso está la

fascinación sin par de este escritor, y es eso lo que le otorga esa voz distinta, esa su mágica serenidad de escritura. Se ha hecho inconfundible... Se nos ha hecho inconfundible. La seguimos, y ya nos llevará sin tardanza hasta el punto extremo de la incomunicabilidad, a través de un cuento admirable.

Voces se llama el cuento (*et pour cause...*) y se dibuja como una leyenda —o como denominador común, si así lo prefieren— de la soledad: bien mirado, es casi didáctico. Aprendemos por él cómo el instinto natural de la soledad y de la comunicación se puede reducir a un código de desesperación, a dos sonidos nada más, a dos notas elementales —un tintinear de cristales.

Código, acabo de decir. Juego, dirá otro. Y da lo mismo, es igual. A partir de dos signos, *más y menos, sí y no, negro y blanco*, se engendran y reproducen escrituras complejas que hicieron posible el largo discurso de las compu-

tadoras, y, no lo olvidemos, la teoría matemática de los Juegos, otro discurso.

En este paso (¿o en este pase?), recuerdo a Girolamo Cardano, científico e inventor, un desgraciado genial que fue figura mayor del Renacimiento italiano. Cardano, en el célebre tratado *De Ludo*, desafió los azares y los destinos del juego intentando formular las apuestas en acomodados o combinaciones, como un precursor del cálculo de probabilidades; pero de esta invención no resultó sólo un esbozo de sistematización científica (que haría posible, siglos después, el ajedrez por computadora); resultó también la gramática de un discurso, ya que todo juego es un diálogo con su lenguaje propio y sus códigos. Juego del revés para Tabucchi, esa lectura de atrás hacia adelante. *Juego de las pes* para los analfabetos y la chiquillería callejera en sus charlas secretas, palabras entrecortadas sílaba a sílaba con una *pe*: *topodapa lapa napparrapaciónpo unpu juepegopo: toda la narración, un juego*.

Sí, narrar es un juego y, francamente, me encantan los juegos. ¡Cómo me tientan! Incluso he llegado a componer uno: el Juego del Ojo Vivo, se llamaba; pero dejémoslo para más adelante. El que en este momento me seduce y me deleita es el del reverso. Y todos los demás que este juego acarrea, por supuesto.

PORQUE hay varios juegos en este libro; la cuestión está en dejarse tentar por ellos. No uno; varios. Además, escribir historias o, como dice el propio autor, «pasar del sueño al texto», es cosa que demanda muchas suertes de jugador, y él, Tabucchi, ha creado las suyas, que sorprenden por su ingenio. Comienza por el travesti de sus personajes (Josefine de la *Carta de Casa Blanca*) y llega hasta el travesti de los otros, ficción de la propia ficción (como Jorge Luis Borges, dicen. ¿Y por qué no como Joyce? ¿Por qué no como los autores apócrifos de las sucesivas vidas de los santos?); entretanto, invierte sujetos, la segunda persona se convierte en primera (María do Carmo y los heterónimos de Pessoa); corta el triunfo al fracturar el personaje en vertical, y nos lo muestra entero por un solo lado del perfil (*Dolores Ibarra llora lágrimas amargas*); y, a todo esto, la voz se transfigura en eco y el cuento es un seductor monólogo a dos.

Artes del juego. «Pases licencias, y vueltas», según la clasificación del profesor Egas Moniz en su *Historia das Cartas de Jogar*, incluida en el *Tratado do Jogo de Boston*, de Henriques da Silva, Lisboa, Edições Atica, 1942. Pero lo que importa es que todas estas variaciones por el derecho y el revés, todas estas sorpresas, riesgos y audacias, abren pistas orientadas hacia un objetivo final, la identificación de una unidad contradictoria. Inquietan y alertan. Seducen. Son iluminaciones que llevan a la identificación más profunda o más sutil. Y tanto nos pueden situar ante una bicicleta-personaje que cruza, cargada de pasado y de secreto, las *Tardes de sábado*, como llevarnos al borde del agujero abierto en una fotografía, seguros de que llegamos al espacio de un rostro conjurado y que su definición final, para él y para alguien, es ésta: un agujero.

A esto y lo demás, y es mucho, que me viene del libro abierto ante mí, veo confirmado lo que a menudo pienso: no hay juegos gratuitos, ni siquiera en las diversiones de los niños, que son cosas demasiado serias, como dicen los psicólogos. Menos aún en Literatura, porque en ella no existe, ni cabe pensarlo, un maestro o *croupier* que los dirija.

No. En las aventuras de la escritura no hay mano que se alce y ordene el «no va más, *les jeux sont faits*», y, por eso, después de cerrar *El juego del revés*, todo puede prolongarse por otra punta, y así volver a empezar lo que ahora estoy escribiendo. ■